

Testimonio

La vacuna antivariólica (cuatro documentos de Andrés Bello para su estudio y disertación)*

*Marco Aurelio Ramírez Vivas***

[Presentación, edición, comentario y notas explicativas]

Departamento de Literatura Venezolana e Hispanoamericana. Escuela de Letras. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida. Estado Mérida, Venezuela

1. *Presentación*

A continuación presentamos cuatro documentos de Andrés Bello sobre la vacuna antivariólica para su estudio y disertación. El primer documento es la oda *A la vacuna*, primera composición lírica que se escribió sobre la primera campaña de salud mundial, protagonizada por la expedición de Balmis. El segundo documento es *Venezuela consolada*, primer drama de nuestra tierra, que trata de manera más amplia que la oda anterior sobre los beneficios científicos salutíferos que trajo la vacuna a la población venezolana, en 1804. El tercer documento, «Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas», descubierto en Londres y traducido al español por Iván Jaksic, en el cual el polígrafo caraqueño expone su visión de avanzada de lo que cómo debe implementarse una campaña de salud mundial. Y el último documento versa sobre el comentario de Bello sobre los artículos médicos “Noticia de la epidemia

* Recibido: julio-2018. Aprobado por los arbitrajes interno y externo para su publicación: septiembre 2018.

** Lic. en Literatura Hispanoamericana (ULA-Mérida-Venezuela, 1978), Magister Scientiae en Literatura Iberoamericana (ULA, 1996), y Doctor en Ciencias Humanas (ULA, 2017). Profesor de Literatura Española I, y Literatura Española II y profesor de Literatura Venezolana I, en el Departamento de Literatura de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. E-mail: marcoaureliorv@yahoo.com.

sí, Venezuela exenta del horrible azote destructor, que, en otro tiempo sus hijos devoraba, es quien te envía por mi tímido labio sus acentos.	25
¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran desde la costa donde el mar soberbio de Magallanes brama enfurecido, hasta el lejano polo contrapuesto; y desde aquellas islas venturosas que ven precipitarse al rubio Febo ¹³ sobre las ondas, hasta las opuestas Filipinas, que ven su nacimiento, de ternura igualmente poseídos, ¹⁴ sé que unirán gustosos a los ecos de mi musa ¹⁵ los suyos, pregonando beneficencia tanta al universo.	30 35 40
Tal siempre ha sido del monarca hispano el cuidadoso paternal desvelo desde que las riberas de ambas Indias la española bandera conocieron.	
Muchas regiones, bajo los auspicios españoles produce el hondo seno del mar; y en breve tiempo, las adornan leyes, industrias, población, comercio. ¹⁶ El piloto que un tiempo las hercúneas Columnas ¹⁷ vio con religioso miedo, aprende nuevas rutas, y las artes del antiguo traslada al mundo nuevo.	45 50
Este mar vasto, donde vela alguna no vieron nunca flamear los vientos; este mar, donde solas tantos siglos las borrascas reinaron o el silencio, vino a ser el canal que, trasladando los dones de la tierra y los efectos	55

de la fértil industria, mil riquezas
derramó sobre entrambos hemisferios.¹⁸ 60

Un pueblo inteligente y numeroso
el lugar ocupó de los desiertos,
y los vergeles de Pomona¹⁹ y Flora²⁰
a las zarzas incultas sucedieron.

No más allí con sanguinarios ritos 65
el nombre se ultrajó del Ser Supremo,

ni las inanimadas producciones
del cincel, le usurparon nuestro incienso;
con el nombre español, por todas partes,
la luz se difundió del evangelio, 70
y fue con los pendones de Castilla
la cruz plantada en el indiano suelo.

Parecía completa la grande obra
de la real ternura; en lisonjero
descanso, las nacientes poblaciones 75
bendecían la mano de su dueño,

cuando aquel fiero azote,²¹ aquella horrible
plaga exterminadora que, del centro
de la abrasada Etiopía²² transmitida,
funestó²³ los confines europeos, 80

a las nuevas colonias trajo el llanto
y la desolación; en breve tiempo,
todo se daña y vicia; un gas impuro²⁴
la región misma inficionó del viento;
respirar no se pudo impunemente; 85

y este diáfano fluido en que elementos
de salud y existencia hallaron siempre
el hombre, el bruto,²⁵ el ave y el insecto,
en cuyo seno bienhechor extrae
la planta misma diario nutrimento, 90
corrompióse, y en vez de dones tales,
nos trasmitió mortífero veneno.

Viéronse de repente señalados

de hedionda lepra ²⁶ los humanos cuerpos, y las ciudades todas y los campos de deformes cadáveres cubiertos.	95
No; la muerte a sus víctimas infaustas jamás grabó tan horroroso sello; jamás tan degradados de su noble belleza primitiva, descendieron al oscuro recinto del sepulcro, Humanidad, tus venerables restos, la tierra las entrañas parecía con repugnancia abrir para esconderlos.	100
De la marina costa a las ciudades, de los poblados pasa a los desiertos la mortandad; y con fatal presteza, devora hogares, aniquila pueblos.	105
El palacio igualmente que la choza se ve de luto fúnebre cubierto; perece con la madre el tierno niño; con el caduco anciano, los mancebos ²⁷	110
Las civiles funciones se interrumpen; el ciudadano deja los infectos muros; nada se ve, nada se escucha, sino terror, tristeza, ayes, lamentos.	115
¡Qué de despojos lleva ante su carro Tisífone! ²⁸ ¡Qué número estupendo de víctimas arrastran a las hoyas ²⁹ la desesperación y el desaliento!	120
¡Cuántos a manos mueren del más duro desamparo! Los nudos más estrechos se rompen ya: la esposa huye al esposo, el hijo al padre y el esclavo al dueño.	
¡Qué mucho si las leyes autorizan tan dura división!... Tristes degredos, hablad vosotros; sed a las edades futuras asombroso monumento,	125

del mayor sacrificio que las leyes por la pública dicha prescribieron;	130
vosotros, que, en desorden espantoso, mezclados presentáis helados cuerpos, y vivientes que luchan con la Parca, ³⁰ en cuyo seno oscuro, digno asiento	135
hallaron la miseria y los gemidos; mal segura prisión, donde el esfuerzo humano, encarcelar quiso el contagio, donde es delito el santo ministerio de la piedad, y culpa el acercarse a recoger los últimos alientos	140
de un labio moribundo, donde falta al enfermo infelice ³¹ hasta el consuelo de esperar que a los huesos de sus padres, se junten en el túmulo sus huesos.	
Tú también contemplaste horrorizada	145
de aquella fiera plaga los efectos; tú, mar devoradora, donde ejercen la tempestad y los airados Euros ³² imperio tan atroz, donde amenaza, aliado con los otros tu elemento	150
cada instante un naufragio; entonces diste nuevo asunto al pavor del marinero; entonces diste a la severa Parca duplicados tributos. De su seno, las apestadas naves vomitaron	155
asquerosos cadáveres cubiertos de contagiosa podre. ³³ El desamparo hizo allí más terrible, más acerbo el mortal golpe; en vano solicita evitar en la tierra tan funesto	160
azote el navegante; en vano pide el saludable asilo de los puertos, y reclamando va por todas partes de la hospitalidad los santos fueros; ³⁴	

- las asustadas costas le rechazan, 165
 Pero corramos finalmente el velo
a tan tristes objetos, y su imagen
del polvo del olvido no saquemos,
sino para que, en cánticos perennes,
bendigan nuestros labios al Eterno, 170
que ya nos ve propicio, y, al gran Carlos,
de sus beneficencias instrumento.
- Suprema Providencia, al fin llegaron
a tu morada los llorosos ecos
del hombre consternado, y levantaste 175
de su cerviz tu brazo justiciero;
admirable y pasmosa en tus recursos,
tú diste al hombre medicina, hiriendo
de contagiosa plaga los rebaños;
tú nos abriste manantiales nuevos 180
de salud en las llagas, y estampaste
en nuestra carne un milagroso sello
que las negras viruelas respetaron.
Jenner³⁵ es quien encuentra bajo el techo
de los pastores tan precioso hallazgo. 185
 Él publicó gozoso al universo
la feliz nueva, y Carlos distribuye
a la tierra la dádiva del cielo.
- Carlos manda; y al punto una gloriosa
expedición difunde en sus inmensos 190
dominios el salubre beneficio
de aquel grande y feliz descubrimiento.
Él abre de su erario los tesoros;
y estimulado con el alto ejemplo
de la regia piedad, se vigoriza 195
de los cuerpos patrióticos el celo.
 Él escoge ilustrados profesores
y un sabio director,³⁶ que, al desempeño

de tan honroso cargo, contribuyen con sus afanes, luces y talento.	200
¡Ilustre expedición! La más ilustre de cuantas al asombro de los tiempos guardó la humanidad reconocida; y cuyos salutíferos efectos, a la edad más remota propagados,	205
medirá con guarismos el ingenio, cuando pueda del Ponto las arenas, o las estrellas numerar del cielo. Que de polvo se cubran para siempre estos tristes anales, donde advierto sobre humanas cenizas erigidos de una bárbara gloria los trofeos.	210
Expedición famosa, tú desluces, tú sepultas en lóbrego silencio aquellas melancólicas hazañas,	215
que la ambición y el fausto sugirieron; tú, mientras que guerreros batallones en sangre van sus pasos imprimiendo, y sobre estragos y rüina corren a coronarse de un laurel funesto,	220
ahuyentas a la Parca de nosotros a costa de fatigas y desvelos; y en galardón recibes de tus penas el llanto agradecido de los pueblos. Con destrucción, cadáveres y luto,	225
marcan su infausta huella los guerreros; y tú, bajo tus pies, por todas partes, la alegría derramas y el consuelo. A tu vista, los hórridos ³⁷ sepulcros cierran sus negras fauces; y sintiendo tus influjos, vivientes nuevos brota con abundancia inagotable el suelo. Tú, mientras la ambición cruza las aguas	230

para llevar su nombre a los extremos de nuestro globo, sin pavor arrostras ³⁸	235
la cólera del mar y de los vientos, por llevar a los pueblos más lejanos que el sol alumbra, los favores regios, y la carga más rica nos conduces que jamás nuestras costas recibieron.	240
La agricultura ya de nuevos brazos los beneficios siente, y a los bellos días del siglo de oro, nos traslada; ya no teme esta tierra que el comercio entre sus ricos dones le conduzca	245
el mayor de los males europeos; y a los bajeles extranjeros, abre con presuroso júbilo sus puertos.	
Ya no temen, en cambio de sus frutos, llevar los labradores hasta el centro de sus chozas pacíficas la peste, ni el aire ciudadano les da miedo.	250
Ya con seguridad la madre amante la tierna prole aprieta contra el pecho, sin temer que le roben las viruelas de su solicitud el caro objeto.	255
Ya la hermosura goza el homenaje que el amor le tributa, sin recelo de que el contagio destructor, ajando sus atractivos, le arrebate el cetro.	260
Reconocidos a tan altas muestras de la regia bondad, nuestros acentos de gratitud a los remotos días de la posteridad transmitiremos.	
Entonces, cuando el viejo a quien agobia el peso de la edad pinte a sus nietos aquel terrible mal de las viruelas, y en su frente arrugada, muestre impresos con señal indeleble los estragos	265

de tan fiero contagio, dirán ellos:	270
«Las virüelas, cuyo solo nombre con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»	
Y le responderá con las mejillas inundadas en lágrimas de afecto:	
«Carlos el Bienhechor, aquella plaga desterró para siempre de sus pueblos».	275
¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre con que ha de conocerte el universo, el que te da Caracas, y el que un día sancionará la humanidad y el tiempo.	280
De nuestro labio, acéptale gustoso con la expresión unánime que hacemos a tu persona y a la augusta Luisa ³⁹ de eterna fe, de amor y rendimiento.	
Y tú que del ejército dispones	285
en admirables leyes el arreglo, y el complicado cuerpo organizando de la milicia, adquieres nombre eterno; tú, por quien de la paz los beneficios disfruta alegre el español imperio,	290
y a cuya frente vencedora, honroso lauro los cuerpos lusitanos dieron; tú, que, teniendo ya derechos tantos a nuestro amor, al público respeto y a la futura admiración, añades	295
a tu gloriosa fama timbres nuevos, protegiendo, animando la perpetua propagación de aquel descubrimiento, grande y sabio Godoy, ⁴⁰ tú también tienes un lugar distinguido en nuestro pecho.	300
Y a ti, Balmis, a ti que, abandonando el clima patrio, vienes como genio tutelar, de salud, sobre tus pasos, una vital semilla difundiendo, ¿qué recompensa más preciosa y dulce	305

podemos darte? ¿Qué más digno premio
a tus nobles tareas que la tierna
aclamación de agradecidos pueblos
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena
en sus bocas tu nombre!... ¡Quiera el cielo, 310
de cuyas gracias eres a los hombres
dispensador, cumplir tan justos ruegos;
tus años igualar a tantas vidas,
como a la Parca roban tus desvelos;
y sobre ti sus bienes derramando 315
Con largueza, colmar nuestros deseos!

3. Segundo documento

VENEZUELA CONSOLIDADA⁴¹

PERSONAS

VENEZUELA. EL TIEMPO. NEPTUNO

El teatro representa un bosque de árboles del país

Escena I

Venezuela aparece en actitud de tristeza

VENEZUELA

—Errante pasajero,
dime ¿en qué triste sitio
contemplaron tus ojos
un dolor semejante al dolor mío?
Tú, que en mejores días 5
viste el hermoso brillo
con que Naturaleza
ostentó su poder en mis dominios,
hoy a los dolorosos
acentos con que explico 10
al universo todo
mis desventuras, une tus gemidos

afortunados días de gozo y regocijo, estación de abundancia,	15
alegre imagen del dorado siglo, ¡Qué pronto en noche oscura os habéis convertido! ¡Qué tenebrosa sombra sucede a vuestro lustre primitivo!	20

Escena II

Dicha, EL TIEMPO

EL TIEMPO

—Desusados clamores en el feliz recinto de Venezuela escucho; antes todo era cánticos festivos; Mas ya no se percibe el acorde sonido de gratos instrumentos, ni de danzas alegres el bullicio. Por todas partes, oigo sólo quejosos gritos y lastimeros ayes; pavor, tristeza, anuncia cuanto miro. Deliciosas provincias, frondoso y verde hospicio de la rica Amaltea,	25
¿qué se hicieron, decidme, los corrillos De zagalas, alcores de pastores festivos, que hacían a la tierra envidiar vuestro júbilo continuo? Pero sobre la alfombra de este prado mullido, a Venezuela misma,	30
	35
	40

si no me engaña la aprehensión, diviso, Venezuela es sin duda...	45
y su rostro abatido, sus inmóviles ojos de profunda tristeza dan indicios. Diosa de estos confines, ¿qué funestos motivos	50
a tan fatal extremo de aflicción y dolor te han compelido? ¿No eres tú Venezuela? ¿Falta acaso a tus hijos del español monarca	55
la amorosa tutela y patrocinio?	

VENEZUELA

—Si por ventura guardas ¡oh Tiempo! en tus archivos la historia de infortunios que puedan compararse con los míos;	60
Si tan lúgubre escena vieron jamás los siglos, condena entonces, Tiempo, el extremo de angustia en que me miro. Las atroces viruelas,	65
azote vengativo de los cielos airados, ejercen su furor sobre mis hijos. La atmósfera preñada de vapores malignos,	70
propaga a todas partes con presteza terrible el exterminio. En las casas y calles, y sobre el sacro quicio de los templos, se miran	75
cadáveres sin número esparcidos. Del enfermo infelice,	

huyen despavoridos cuantos en su semblante ven de la peste el negro distintivo.	80
¡Qué lúgubres objetos! Aquél deja al recinto de sus lares impuros una familia, y busca en los pajizos Campesinos albergues	85
un saludable asilo; más allá, separado del seno de la madre el tierno niño, Y al degredo por manos extrañas conducido,	90
el maternal socorro implora en vano con agudos gritos. Aquí expira el anciano sin el pequeño alivio de que cierre siquiera	95
sus fallecientes párpados el hijo. Allí noto que arrojan al hoyo confundidos en espantosa mezcla con cadáveres yertos cuerpos vivos.	100
Pues ¿cómo, cuándo escenas tan tristes examino, te admiras de que acuda llanto a los ojos y a la voz quejido?	
 EL TIEMPO	
—No, Venezuela, nunca más fundado motivo las lágrimas tuvieron, que el que tienen las tuyas; desde el sitio De brillantez y gloria	105
a que los beneficios del trono te ensalzaron,	110

	<p>hoy te despeña al más profundo abismo De horrores y miserias, ese contagio impío que tus hijos devora,</p>	115
	<p>esas viruelas cuyo agudo filo Por todas partes lleva el luto, el exterminio, y en soledades vastas deja tus territorios convertidos.</p>	120
	<p>Llora, pues, tu miseria, llora tu lustre antiguo y tus pasadas glorias, de que estaba envidioso el cielo mismo. Laméntate en buen hora;</p>	125
	<p>a tu dolor crecido, Venezuela, no puedo yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio, Y así... Pero ¿qué escucho?</p>	
	(Se oye música alegre)	
VENEZUELA	–¿Sueño, cielos?	130
EL TIEMPO	–¿Delirio?	
VENEZUELA	–¿No siento alegres voces?	
EL TIEMPO	–¿Regocijados sonos no percibo?	
CORO	–Recobra tu alegría, Venezuela, pues en tu dicha el Cuarto Carlos vela.	
UNA VOZ	–¡A las pródidas leyes del mejor de los reyes debías la riqueza, la cultura,	135

la paz apetecida!
Hoy la salud, la vida,
dádivas son también de su ternura. 140

CORO

—Recobra tu alegría, Venezuela,
pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA

—¿No sabremos decir de dónde vienen
tan gozosos acentos?

EL TIEMPO

—Apartando
los enramados árboles, camina 145
hacia nosotros, con ligero paso,
un incógnito numen. Su cabello
húmedas gotas vierte, y coronado
está de algas marinas; pero juzgo
reconocerle ya, pues en las manos 150
conduce el gran tridente.

Escena III

Dichos, *NEPTUNO*

NEPTUNO

—Mi venida
es a daros consuelo. Cese el llanto.
La queja interrumpid. Yo soy el numen
a quien presta obediencia el mar salado;
Neptuno soy, que... 155

VENEZUELA (Con espanto)

—Vete de mis ojos;
para siempre, retírate. El amargo
conflicto en que me miras, ¿de quién vino,
sino de ti? Mi doloroso estado
otra causa no tiene que tú solo;
al dulce abrigo del monarca hispano, 160

	venturosa y pacífica vivía, las plagas y los males ignorando que al resto de la tierra desolaban.	
	Su nombre augusto en inmortales cantos bendecir, celebrar sus beneficios,	165
	era la ocupación, era el cuidado que el cielo me imponía. Los favores gozaba alegre de su regia mano, cuando en infaustas naves me trajiste de las viruelas el atroz contagio.	170
	¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela sin turbación te mire y sin espanto?	
NEPTUNO	—Tus lágrimas enjuga, Venezuela; los cielos de tu pena se apiadaron; ya no verás a tus dichosos hijos con tan horrenda plaga señalados; ya Carlos de tus pueblos la destierra para siempre.	175
VENEZUELA	—¡Qué dices! ¿Puede acaso el humano poder?...	
NEPTUNO	—Escucha atenta los beneficios de tu augusto Carlos. y tú, Tiempo, conserva en tus archivos para siempre el más grande y señalado suceso que jamás vieron los siglos desde que su carrera comenzaron.	180
	En la fértil provincia de Gloucester, a la orilla del Támesis britano, aparecieron de repente heridos de contagiosa plaga los rebaños.	185
	A los cuerpos pasó de los pastores el nuevo mal; y cuando los humanos el número juzgaban de las pestes	190

por la divina cólera aumentado,
notaron con asombro que venía
en aquel salúfero contagio
encubierto un feliz preservativo 195
que las negras viruelas respetaron.

Jenner tuvo la dicha de observarle;
y de su territorio en pocos años,
desterró felizmente las viruelas,
el contagio vacuno propagando. 200

¿Qué acogida imaginas que daría
la ternura benévola de Carlos
al gran descubrimiento que liberta
a sus queridos pueblos del estrago
de las negras viruelas? Al momento 205
escoge profesores ilustrados

y un sabio director cuyas fatigas
llevan hasta los puertos más lejanos
de sus dominios el precioso fluido
que de viruela libra a los humanos. 210

Sí, Venezuela; alégrate; tus playas
reciben hoy el venturoso hallazgo
de Jenner, que te envía, como muestra
de su regia bondad, tu soberano.

Hallazgo que tus hijos te asegura, 215
que de vivientes llena los poblados,
que libra de temores la belleza;

y, dando a la cultura nuevos brazos
para que en tus confines amanezcan
días alegres, puros, sin nublados, 220
el gozo te dará con la abundancia,
y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA

—¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas
de Venezuela a tu mansión llegaron?
¿Conque nos miras ya compadecido? 225
Al Eterno cantad regocijados

himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida
y la salud a su potente brazo;
que resuene su nombre en las eternas
bóvedas; y después que el holocausto 230
de gratitud ante su trono excelso
hayáis humildemente tributado,
haced también sinceras expresiones
de reconocimiento al soberano.
Del más cumplido gozo dad señales, 235
y publicad en otro alegre canto
la gran ventura de que sois deudores
a su paterno, cuidadoso amparo.

EL TIEMPO

—¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día
todos nuestros esfuerzos no juntarnos 240
para solemnizar el beneficio
que recibe este pueblo de sus manos?
A ti, Neptuno, el cetro de los mares
los supremos destinos entregaron.
Pomona enriqueció de bellos frutos, 245
Venezuela, tu clima afortunado;
y yo, que soy el Tiempo, a mi capricho
rijo las estaciones y los años.
¿Por qué, nuestras funciones reuniendo,
suceso tan feliz no celebramos? 250

NEPTUNO

—Tienes razón; aguarda. Roncos vientos
que subleváis con vuestro soplo airado
las bramadoras ondas, tempestades,
furiosos huracanes, sosegaos,
y en el imperio todo de las aguas, 255
la dulce calma reine y el descanso;
respetad este día venturoso;
y dondequiera que miréis las naos

de la dichosa expedición que trae tantos bienes al suelo americano, callad y respetadla.	260
—Habitadoras de los marinos, húmedos Palacios, rubias Nereidas, que de frescas ovas lleváis vuestro cabello coronado, formad alegres danzas; y vosotras,	265
blancas Sirenas, que adormís cantando al navegante, haciendo que le sea grato el morir, dulcísimo el naufragio, entonad himnos nuevos, y acompañen los roncocos caracoles vuestro canto, los móviles Tritones difundiendo alegres ecos por el vasto espacio.	270
CORO DE NEREIDAS	
El reino de Anfitrite con júbilo repite el nombre siempre amado de Carlos Bienhechor.	275
CORO DE TRITONES	
—Y luego que le escucha se aplaca el Ponto undoso, y el austro proceloso refrena su furor.	280
EL TIEMPO	
—Yo de notables hechos la memoria a las edades venideras guardo, y fama doy gloriosa al buen monarca, al gran guerrero y al ministro sabio; mas a los beneficios distinguidos que la suerte del hombre mejoraron, doy un lugar brillante en mis anales,	285

	y en inmortalizarlos me complazco.	
	Por mí suena en la tierra todavía	
	el nombre de los Titos y Trajanos,	290
	y sonará mientras de blandas fibras	
	tenga el hombre su pecho organizado.	
	Yo daré, pues, a tu feliz memoria,	
	Carlos agosto, un eminente rango;	
	y al lado de las tuyas las acciones	295
	de los Césares, Pirros y Alejandro,	
	quedarán para siempre oscurecidas...	
	Siglos futuros, a vosotros llamo:	
	salid del hondo seno en que os oculta	
	a la penetración de los humanos	300
	el velo del destino; y a presencia	
	de Venezuela, pronunciad los cantos	
	con que haréis resonar en algún tiempo	
	el claro nombre del agosto Carlos.	
	Celebre con eterna	305
	aclamación el hombre	
	el siempre claro nombre	
	de Carlos Bienhechor.	
	jamás el merecido	
	título que le damos	310
	sepulte en el olvido	
	el tiempo destructor.	
VENEZUELA		
	—Y yo que el testimonio más brillante	
	debo hacer de ternura al soberano,	
	¿qué mejor alabanza puedo darle,	315
	qué monumento más precioso y grato	
	levantar a sus ojos, que su nombre	
	con indelebles letras estampado	
	en los amantes pechos de mis hijos?	
	Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Carlos,	320
	que guardarán los pueblos tu memoria,	
	mientras peces abrigue el mar salado,	

cuadrúpedos la tierra, aves el aire,
y el firmamento luminosos astros. 325
Yo te ofrezco cubrir estos dominios
de celosos y dóciles vasallos,
que funden su ventura y su alegría
en prestar obediencia a tus mandatos.
Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,
que tus leyes respetan prosternados, 330
fecundidad, riqueza y lozanía,
dorados frutos, nutritivos granos.
Yo te juro también que con perenne
aclamación repetirán sus labios:
«¡Viva el digno monarca que nos libra 335
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!
Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, cante
a Carlos Bienhechor. 340
Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fue su paterno amor. (Se repite.)

4. Tercer documento

«INFORME DE BELLO SOBRE LA VACUNA EN CARACAS»⁴²

TRADUCCIÓN:

[Fuente: *Report of the National Vaccine Establishment in London for the Year 1812*, N° 9 (Marzo 1813), pp. 11-12. Este documento, desconocido hasta el momento, se encuentra en el Wellcome Library de Londres.]

London, Jan. 11th, 1813

Having be[en] Secretary to the Junta established in Caracas, for extending the use of the Variolous Vaccine, I am enabled to authenticate

the following facts. In the year 1803 the Spanish Government fitted out an expedition for the purpose of transmitting to the Spanish establishments in America and Asia, this inestimable antidote against one of the most fatal scourges that has afflicted mankind, and which in the Spanish Colonies of America has been particularly destructive. Dr. A. Francisco Xavier Balmis, private Physician to the King, was appointed chief of the expedition, and to his care, and that of others of the Faculty, were intrusted a number of children, sufficient to preserve the invaluable germ, communicated from arm to arm. One of the first places at which the expedition touched was the Caracas, where the Small Pox was reviving every spring, and committing no small ravages during that and the summer season. Inoculation had been long known in the Caracas; however this practice, indisputably beneficial to those individuals who employed it, was most fatal to the people at large; the majority of whom, either from superstition, or want of the means, could not enjoy its benefits; so that the higher classes, recurring constantly to Inoculation, contributed to perpetuate and extend the contagion, of which the people were the victims.

The nature of the Colonial Government in America afforded the Spanish Government particular advantages towards the establishment, and the universal propagation of the Variolous Vaccine. Thus it was, that at the expiration of a few months after the arrival of the expedition the Small Pox was entirely exterminated in the department of Venezuela. The authority of the Government, the influence of the Clergy, and especially the experience of its salutary effects, together with the mildness of the operation, concurring, it was soon made general, and the children of every class were brought to the House established for the purpose, under the inspection of the Junta, to which I was some time Secretary.

[275]

As the institution of this Junta was to watch over the effects of Vaccination, for which purpose they communicated with the Faculty

of Physic, and the Curates of all the Parishes in the Department, I was enabled to ascertain, with the greatest certainty, that the success of this establishment has been in the Caraccas the most complete that can be imagined; and that only on some parts of the Coast, where the population was so thin that they could not keep up yearly the Vaccine fluid, the common Small Pox has appeared twice. It however only attacked those who had not received the antidote. Equally good effects have been attested in the other parts of Spanish America, and thanks to the illustrious Jenner, the population of this part of the world yearly receives an augmentation of 1,000,000 of lives, which but for this glorious discovery had fallen a prey to the Small Pox. One of the objects to which the Juntas employed in this branch have devoted their attention was to promote investigation of the Cow Pox in those Districts in their respective Provinces, where large herds of cattle are kept; and in the District of Calabozo, belonging to that of the Caracas, they have had the satisfaction of finding it in the cows. The effects produced by the Cow Pox, originating in Calabozo, were entirely of the same nature with that brought from Europe, only it was observed, that the irritation was something greater when they administered the indigenous fluid.

A. Bello

Londres, 11 de enero de 1813

Habiendo sido secretario de la Junta establecida en Caracas con el propósito de extender el uso de la vacuna antivariolosa, me encuentro en situación de corroborar los siguientes hechos. En el año 1803 el gobierno español organizó una expedición cuyo propósito era el transmitir a sus colonias en América y Asia aquel inestimable preservativo contra una de las plagas más fatales que han azotado a la humanidad, y que en las colonias españolas de América ha sido particularmente destructiva. El Dr. A. Francisco Javier Balmis, médico privado del Rey, fue nombrado

jefe de esta expedición, y se le confió, a él y a otros miembros, el cuidado de varios niños para que conservaran el valioso germen transmitiéndolo de brazo a brazo. Uno de los primeros lugares que visitó la expedición fue Caracas, en donde la viruela reaparecía cada primavera, causando grandes estragos durante el verano. La inoculación era común desde hacía tiempo en Caracas, pero esta práctica, sin lugar a dudas beneficiosa para los individuos que la usaban, era fatal para la población en general, ya que la mayoría de la gente, ya sea por superstición, o falta de medios, no podía aprovecharse de sus beneficios. Así, las clases altas que recurrían constantemente a la inoculación, perpetuaban y extendían el contagio, de modo que el pueblo terminaba siendo víctima.

[276]

La naturaleza del gobierno colonial en América le dio al gobierno español ventajas muy particulares para el establecimiento y circulación universal de la vacuna antivariolosa. Así fue que al cabo de unos pocos meses desde la llegada de la expedición, la viruela fue completamente exterminada del departamento de Venezuela. La autoridad del gobierno, la influencia del clero, y especialmente la experiencia de los efectos saludables [de la vacuna] junto a la facilidad de la operación, lograron pronto su generalización, y los niños de todas las clases concurrieron al lugar establecido con ese propósito, bajo la inspección de la Junta, de la que fui por un tiempo Secretario. Como esta Junta se instituyó para observar los efectos de la vacuna, con cuyo propósito se comunicaba con el protomedicato y con los curas de las parroquias del departamento, tuve la oportunidad de verificar con absoluta certeza que el éxito de esta operación en Caracas fue más completa de lo que se podría imaginar; y que sólo en algunas partes de la costa, en donde la población estaba tan esparcida que no lograban conservar anualmente el fluido de la vacuna, que la viruela común apareció dos veces. Sin embargo, atacó solamente a aquellos que no habían recibido el antídoto. Efectos igualmente favorables se han obtenido en otras partes de la América española, y es gracias al

ilustre Jenner que la población de esta parte del mundo ha podido crecer en 1.000.000 de vidas anualmente, las que, de no ser por este descubrimiento glorioso, habrían sido presas de la viruela. Uno de los propósitos de la Junta en esta rama ha sido promover la investigación sobre el fluido vacuno [cow pox] en aquellos distritos de las respectivas provincias en donde hay grandes concentraciones de ganado. En el distrito de Calabozo, que pertenece a Caracas, han tenido la satisfacción de encontrarla entre los animales. Los efectos producidos por el fluido vacuno obtenido en Calabozo, fueron exactamente los mismos que aquellos traídos de Europa, observándose solamente que la irritación era algo mayor cuando se administraba el fluido local.

A. Bello

[277]

5. Cuarto documento

COMENTARIO DE ANDRÉS BELLO SOBRE LOS ARTÍCULOS MÉDICOS “NOTICIA DE LA EPIDEMIA VARIOLOIDE DE EDIMBURGO I OTRAS PARTES DE ESCOCIA,” Y “BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS OPINIONES DE LOS FACULTATIVOS CON RESPECTO A LAS VARIEDADES I SEGUNDA OCURRENCIA DE LAS VIRUELAS,”

XVIII. —*Vacuna*.⁴³

*Este artículo i el siguiente, tomados de la Revista de Edimburgo No. LXXIV., noviembre de 1822, son referentes d dos obras que recientemente han obtenido mucha celebridad; la uno titulada, “Noticia de la epidemia varioloide de Edimburgo i otras partes de Escocia,”*⁴⁴ la otra, “Bosquejo histórico de las opiniones de los facultativos con respecto a las variedades i segunda ocurrencia de las viruelas,”†⁴⁵ ambas por Juan Thomson, doctor en medicina, miembro de la sociedad real de Edimburgo, Sc. Sc.)*

Estamos convencidos de que la vacuna es un gran bien, una dádiva inestimable de la Providencia; mas no por eso la tenemos por un preservativo tan completo i seguro contra el azote de las viruelas, como imaginaron sus primeros propagadores. Aunque las pruebas en que nos fundamos para esta rebaja, se han recibido con repugnancia, desgraciadamente son ya tan fuertes, que no es posible negarlas, ni rebatirlas. A los ejemplares que se alegaban de su ineficacia, los amigos de la vacunación solían responder, o que la enfermedad que había ocurrido después de la vacunación era lo que llamamos viruelas locas o espurias (*varicellæ*) i no verdaderas viruelas; o que la vacuna se había administrado por una mano poco diestra; o que era uno de aquellos rarísimos casos que ocurrían en tiempo de la inoculación, i que los vacunadores no se lisonjaban de precaver totalmente. Pero la verdad es que en estos últimos años han sobrevenido en muchas partes de la Gran Bretaña epidemias de viruelas, que han dejado reducidas a casi nada las pretensiones de la vacuna en cuanto a ser un *absoluto* preservativo de este mal.

En 1818 a 19 apareció una epidemia de viruelas en Edimburgo i sus inmediaciones. De esta epidemia vio el doctor Thomson 836 casos; i en 281 de ellos, los pacientes no habían sido vacunados, ni padecido las viruelas anteriormente. La mortalidad en estos fue a razón de más de *uno por cuatro*. En 71 casos, los pacientes habían pasado viruelas, i de estos solamente murieron tres, es decir que la mortalidad en ellos demás a razón de uno por veinte i cuatro. Los restantes 484 han sido vacunados, i de este número un solo individuo murió.....

“Resultado,” dice el doctor Thomson, que me parece verdaderamente asombroso, cuando traigo a la memoria los síntomas jeneralmente graves de la calentura eruptiva, la gran variedad de salud i constitución de los individuos que adolecieron de ella, i las desfavorables circunstancias en que muchos de estos individuos se hallaban.

“Al ver la jeneral benignidad de la epidemia varioloide en los que habían sido vacunados, i lo grave, maligno i funesto del mismo mal en

los otros, era imposible no convencerse de la grande i benéfica virtud de la vacuna en modificar i mitigar la viruela. No pueden imaginarse pruebas más irresistibles de la eficacia de la vacunación, i del incalculable beneficio que su descubridor hizo a la tierra, que las que yo he tenido la felicidad de observar. También me fue de mucha complacencia ver disiparse gradualmente el terror que escitó al principio el aparecimiento de la epidemia varioloides en las familias de los vacunados; i que al comparar las diversas formas bajo las cuales se presentaba la epidemia en estos, i en los que no lo habían sido, aun los más ignorantes i preocupados abrieron los ojos, i forzados a reconocer las ventajas de la vacuna, se determinaron al fin a ponerse a sí mismos i a sus familias bajo la protección de una práctica que antes habían mirado con indiferencia o desprecio.”

Entre los que no habían pasado viruelas, o recibido la vacuna, la epidemia presentó en su progreso todas las variedades de que es susceptible la viruela desde su forma más benigna hasta la más grave i funesta. “La forma más benigna en que se me presentó,” dice el doctor Thomson, “así como también la más maligna, fue la de erupciones rigurosamente vesiculares, en que apenas pudo descubrirse la menor partícula de materia purulenta.” Es bien sabido que la mortalidad de las epidemias variolosas en otros años no ha subido a más de *uno por cincuenta*, al paso que en esta epidemia, entre los que antes no habían sido atacados de las viruelas o vacunados, fue, como antes dijimos, de uno por cuatro.

En los que adolecieron de nuevo después de haberlas pasado naturales o inoculadas, el intervalo en los dos ataques vahó desde diez días hasta treinta años. En los más de ellos la calentura eruptiva fue grave; en algunos lijera i apenas perceptible. En unos, la erupción fue semejante a la de las viruelas locas, ora en su forma pustular, ora vesicular; en otros tomó el aspecto de viruelas *distintas*; en otros el de las confluentes.

Pero la clase de pacientes que escitó mas curiosidad en esta epidemia, fue por supuesto la de aquellos que habían «cánido de

antemano a la vacuna; i como muchos apelaban sella, o la hacían administrar en sus familias, como preservativo contra la epidemia, se proporcionaron repetidas ocasiones de observar la co-existencia de ambas afecciones en un mismo individuo, i la maravillosa virtud de la vacuna, ya en suavizar el mal, ya en precaverlo del todo aun en medio de un contajio tan jeneral i tan mortífero. Hubo, sin embargo, casos en que el individuo había estado espuesto tanto tiempo a la influencia del virus varioloso antes de vacunarse, que esta operación dejó de producir su acostumbrado efecto.

En muchos de los pacientes de esta tercera clase (esto es, de los vacunados) la fiebre eruptiva fue grave, i se equivocó frecuentemente con el *typhus*: pero en muchos también fue lijerísima; i en todos cesó al aparecer la erupción, de manera que rara vez fue necesario al paciente guardar cama durante el progreso de la enfermedad. Hubo unos pocos casos en que la fiebre no fue seguida de erupción. En algunos de los que presentaron aspecto más grave, ocurrió un grado considerable de calentura secundaria, acompañada de hinchazón en la cara, inflamación de las fauces, ronquera, i salivación abundante; pero estos síntomas fueron casi siempre de corta duración, i después de ellos quedaban los pacientes con un grado de salud i de fuerzas mui superior al de aquellos otros individuos que habían presentado erupciones igualmente copiosas de viruela natural coherente. Ocurrió un caso de una persona vacunada que adoleció de viruelas por la tercera vez. En más de cuarenta de los vacunados ocurrió esta enfermedad por la segunda vez, a intervalos que variaron desde unos pocos días hasta cierto número de años. En algunos de estos casos el primer ataque pareció de viruelas locas, i el segundo de verdaderas viruelas; en otros al revés; de ellos hubo en quienes ambos ataques parecieron de un mismo jénero. Ya dijimos que de 484 vacunados uno solo murió. En esta epidemia nada se observó que favoreciese la suposición de que las virtudes preservativas o modificativas de la vacuna se disminuyen con el tiempo, de manera que los vacunados se encuentren cada año más susceptibles de recibir

el contagio varioloso; al contrario se observó que la epidemia afectaba principalmente a los niños; así que, el transcurso del tiempo parecía más bien disminuir que aumentar la susceptibilidad del contagio.

“Es difícil concebir,” dice el doctor Thomson, “que la eficacia de la vacunación contra los ataques i peligros de las viruelas, se ponga jamás a una prueba tan rigurosa, como la que experimentó en la maligna i casi universal epidemia de que he sido testigo. Según los mejores informes, la mortalidad ocasionada en ella por la viruela natural primaria vario en jeneral desde 1 por 3 hasta 1 por 5; grado de fatalidad que rara vez se ha observado en las viruelas, i de que, en cuanto me ha sido posible averiguar, no se había visto ejemplo desde el descubrimiento de la vacuna. Debióse, pues, al carácter naturalmente grave i maligno de la epidemia el gran número de vacunados que la padecieron, i no a que se hayan deteriorado las virtudes del virus vacuno, ni a que se le hubiese administrado de un modo defectuoso. Si cuando el doctor Jenner sacó a luz su descubrimiento hubiera habido en la atmósfera una constitución variolosa semejante a la que experimentamos poco ha en Edimburgo, es dudoso que la vacuna hubiese jamás obtenido la confianza del público. Debe también atribuirse, según yo concibo, a la gravedad i rigor de la epidemia el grandísimo número de casos reconocidos de segundo ataque de viruelas, que se observaron en ella; número ciertamente mucho mayor que el de semejantes casos en otra alguna epidemia variolosa de que haya noticia. Los efectos modificantes de las viruelas primarias sobre las secundarias en la esfera de mi observación, me hacen creer que si la epidemia hubiera sido más benigna, la viruela secundaria que ocurrió en ella habría presentado más apariencias del carácter variceloide, i menos del varioloso, i probable mente no habría sido reconocida como tal viruela secundaria por mí o por otros; reflexión que aún es más aplicable a los casos de viruelas que ocurrieron en personas vacunadas; por qué ¿quién, entre los defensores de esta práctica, hubiera jamás calificado de viruelas propias erupción alguna a que hubiese podido asignar cualquiera de los varios atributos de las espurias?”

El Sr. Cross publicó una descripción de la epidemia variolosa de Norwich en 1819. Según él, los efectos de la epidemia en los vacunados, en los no vacunados, i en los que habían pasado viruelas, fueron enteramente conformes con los que describe el doctor Thomson. De estos i otros hechos a que se refiere este último facultativo, se deduce manifiestamente, que en una epidemia variolosa de un carácter grave no se debe ver la vacuna como un preservativo seguro; que semejante inmunidad ni las viruelas naturales, ni las inoculadas pueden conferirla; i que todos los que han pasado este mal bajo cualquiera de sus formas, i particularmente los niños i jóvenes, están espuestos a reinfección, cuando la enfermedad es mui jeneral i maligna. Pero al mismo tiempo parece incontestable, que cuando la vacuna no preserva del mal, lo hace comparativamente leve, i reduce a casi nada el peligro; i que si bien es necesario despojarla de una parte de las atribuciones con que se anunció al principio, debe girarse todavía como uno de los beneficios más importantes que las ciencias han hecho a los hombres.

“El sentimiento que causó a mí i a otros el vernos precisados a creer que la vacuna, de cualquier modo que se administrase, no era en todas circunstancias un preservativo absoluto de la viruela, en alguna manera se contrabalanza por tan multiplicadas pruebas de sus maravillosos efectos en moderar los síntomas del mal i disminuir el peligro. Este agradable resultado no puede menos, según yo concibo, de arrastrar el asenso de todo aquel que baya tenido ocasión de comparar los diferentes fenómenos i fatalidad de las viruelas, en razón de atacar a individuos vacunados o no vacunados. Mis observaciones en la materia me persuaden que toda vacunación es perfecta, siempre que reúna los caracteres descritos primitivamente por Jenner; i en esta persuasión viviré, mientras no vea mejores pruebas que cuantas hasta aora se han comunicado al público, de la existencia de vejiguillas vacunas espurias, de la deterioración del virus vacuno, i de la superioridad de un modo de vacunar respecto de otro; hipótesis todas, a que se ha apelado sucesivamente para explicar la ocurrencia de las viruelas en los

vacunados. Yo he dedicado a este punto la atención mas escrupulosa, i jamás pude descubrir que la habilidad del vacunador o el modo de hacer la operación influyese lo más mínimo en sus buenos efectos; antes bien he visto muchas veces que la viruela se presentaba con síntomas benignos en niños que habían sido vacunados por sus padres, i al contrario con apariencias de gravedad en aquellos, cuya vacunación había sido ejecutada i observada por los profesores de más celebridad en este ramo.

XIX. —*Sobre la diferencia jenérica entre las varicelas i las viruelas.*

Durante la epidemia de que hicimos mención en el artículo precedente, ocurrió muchas veces al doctor Thomson I* duda de si las viruelas espurias i las propias eran o no enfermedades distintas; i sus reflexiones sobre esta materia le condujeron a una íntima convicción de que ambas proejen de un mismo contajio, i de que las varicelas son una mera modificación de las viruelas.

El doctor Thomson después de traer a colación las conjeturas i opiniones de otros autores (como el Sr. Geolfroy en las *Mémoires de la société royale de médecine*, 1777; el doctor Bateman de Londres, el doctor Henderson, &c), hace alto sobre los síntomas i señales, que presentaron los pacientes en aquella epidemia, i que se han mirado siempre como característicos de las viruelas locas o espurias. La enfermedad tomó a menudo este carácter entre los que habían sido vacunados o pasado viruelas, i en medio de los estragos de esta plaga bajo sus formas *coherente* i *confluente*. En la misma casa, el mismo aposento, a veces en la misma cama, había pacientes cuya infección procedía de un mismo oríjen, que frecuente mente se pudo rastrear con la mayor certidumbre; i de los cuales uno presentaba síntomas de varicelas, otro de viruelas benignas, i otro de viruelas de la calidad más funesta; ¡i sin embargo se insiste en que las varicelas es una enfermedad esencialmente distinta de las viruelas! Esto equivale a decir que tres hombres embriagados con el

vino de una misma cuba, padecieron accidentes de diversa naturaleza i orijen, porque el uno se embriagó solamente un poco, el segundo hasta dar traspieses, i el tercero hasta perder de todo punto el juicio i el sentido. Entre los casos de esta especie que menciona el doctor Thomson, nos parece singularmente notable el siguiente, atestiguado por otro facultativo corresponsal suyo:

“En esta ciudad no había ocurrido caso alguno de viruelas basta el invierno pasado en que un muchacho, que tiene la costumbre de andar vagueando por los campos i pueblos circunvecinos, en uno de sus paseos acertó a entrar en una casa donde había viruelas. Este muchacho había sido vacunado años antes. Vuelto a casa, fue asaltado de síntomas febriles, i estuvo en cama dos o tres días, al cabo de los cuales brotó una erupción semejante a la de viruelas espurias. La fiebre calmó luego, i al cabo de otros pocos días el paciente dejó la cuna, i volvió a sus antiguos hábitos sin experimentar malas resultas. De allí a una semana, uno de los hijos de su amo cayó enfermo, i presentó la serie ordinaria de síntomas de viruelas benignas; seguidamente otro del mismo modo; tras éste, otro tercero fue atacado de viruelas confluentes que le pusieron en mucho peligro; el cuarto adoleció del mismo mal con algo mayor gravedad que los dos primeros ; en fin, el más joven de estos hermanos, que solo tenía ocho meses de edad, padeció lo que, si no hubiesen ocurrido los otros tases, me hubiera parecido indubitablemente varicelas, porque apenas se percibió calentura, i las pústulas estaban llenas de un humor acuoso, que nunca tomó el aspecto purulento de la viruela. Ninguno de estos niños había sido vacunado.

Si estas afecciones no reconocen un mismo orijen, será forzoso sentar, que hubo dos epidemias a un mismo tiempo en Edimburgo. En tal caso era natural que hubiesen atacado a unos mismos pacientes; lo que no sucedió. Por otra parte, si hubo a un tiempo dos epidemias, i si no se verificó que ata casen a un mismo individuo simultánea o sucesivamente, es preciso creer que estas dos epidemias preservaban una de otra. La viruela, pues, será un preservativo de las varicelas, i las

varicelas de las viruelas ; aserción que no ha hecho jamás facultativo alguno, i que la esperiencia desmiente. ¿Cómo es que un niño adolece de la erupción variceloide, i su hermano que duerme en la misma cama, contrae la infección varioloide 1 Cómo es que las viruelas comunes de un paciente dejeneran a la forma de viruelas espurias en otro? Si hubo dos epidemias simultáneas en Edimburgo, se debe hacerles la justicia de decir que ajustaron sus pretensiones mutuas con un espíritu de moderación i buena armonía, verdaderamente ejemplar.

Suponer una misma enfermedad, producida por un mismo contagio, i modificada por la complexión i otras circunstancias de los pacientes; a veces tan lijera que apenas merece el nombre de enfermedad, i a veces tan grave, que burlándose de todos los recursos del arte, arrastra aceleradamente sus víctimas a una muerte horrible i asquerosa; suponer esto, es hacer una suposición que concuerda con los hechos, i que la razón no puede reprobar; pero equivocar la diferencia de intensidad con la diferencia de jénero, es frustrar el grande objeto de las clasificaciones científicas, i dar por distinto lo idéntico. Hay multitud de dolencias, cuyos casos leves difieren de los graves tanto como dos enfermedades cualesquiera, jcnéricamente distintas, pueden diferir entre sí.

Es infinito lo que se ha escrito sobre pus i pústulas. Si una persona amanece con un grano en la nariz, puede estar segura de hallarlo en un libro. Si no está a la página diez, estará a la página veinte. No hay variedad de sarpullido que no haya sido dibujada, estampada, iluminada, descrita con todos sus colores i señales por los discípulos de Esculapio. En cuanto a las viruelas lejitimas i las espurias, tenemos de unas i otras pinturas i descripciones que parece no dejan nada que apetecer. I sin embargo de esto, el doctor Thomson sostiene que semejante distinción es una cosa a que el médico no puede atenerse en la práctica.

“Yo me creía,” dice este juicioso profesor, “en algún modo preparado para la observación de este mal, por el estudio de las afecciones cutáneas, i por la prolija atención que largos años he prestado a los síntomas diagnósticos de las enfermedades eruptivas. A

pesar de esto, debo decir en obsequio de la verdad, que no pocas veces me ha causado bastante mortificación no acertar a descubrir en casos varioloides aquellas señales i caracteres particulares, en que muchos de mis colegas han creído establecer satisfactoriamente la diferencia entre los fenómenos de las viruelas modificadas i de las espurias. Mientras creí que estas últimas constituían una enfermedad independiente i distinta, me sucedió que muchos casos cuyos síntomas me habían parecido pertenecer a ellas, se encontraron no serlo, sino de viruelas modificadas; i luego que empecé a dudar de la existencia independiente de las varicelas, me sucedió con igual frecuencia, que muchos casos que yo había considerado como viruelas modificadas, resultaron no ser tales, sino variceloides. Ello es que yo me he valido de cuantos medios han estado a mi alcance para llegar a orientarme, con tolerable certeza, de una distinción, que se asegura ser fácil a otros; i esta es la hora en que me hallo tan lejos de poder diferenciar las viruelas modificadas, de las erupciones que por treinta años he estado llamando viruelas espurias, como me hallaba cuando empecé a observar la presente afección variolosa.”

De las investigaciones históricas del doctor Thomson resulta, que no ostante la general opinión de ser distintas unas i otras, no se halla en los archivos i memorias medicales prueba satisfactoria de haber aparecido separadamente; i al contrario hai mil pruebas de que todas las variedades de las viruelas lejitimas i de las espurias se han dejado ver en una misma epidemia, empezando i acabando juntamente, como se ha observado que lo han hecho durante la época de la vacunación.

Gandoger de Foigni, i varios otros que han tratado de las varicelas, se empeñan en dar una diagnosis exacta de ambas afecciones; pero cuando esto fuese posible, ¿probaría su esencial diferencia? ¿No sería más racional decir que un contagio único era modificado por una de aquellas ¡numerables circunstancias que mitigan o exasperan las enfermedades del cuerpo humano? A nadie seguramente debería parecer extraño que así fuese, cuando se sabe lo poco que influye en

el carácter de la viruela inoculada el de la viruela que suministró el pus. La especie benigna puede enjendrar la confluyente; i al revés. El carácter de la enfermedad parece depender mucho más del cuerpo que la recibe que del cuerpo que la comunica. “Vi, dice el doctor Thomson, veinte i una personas inoculadas en un mismo día con materia tomada de un individuo, que estaba plagado de viruelas confluentes, i murió de ellas; sin embargo todas tuvieron la viruela más benigna que pudo desearse; i yo he inoculado después a muchísimos con materia de la especie maligna sin el menor mal efecto.”

En fin, si puede establecerse una diagnosis fija entre la varicela i la viruela secundaria, si los caracteres de la primera son tan claros i ciertos, respóndase al interrogatorio siguiente: ¿Son las ampollas variceloides precedidas, o no, de pápulas? Cuál es la ocurrencia, grado, i duración de la fiebre eruptiva? A qué tiempo se arrugan i rompen las ampollas? Toman es tas alguna vez la apariencia pustular? i si la toman, ¿en qué se diferencian de la viruela modificada o de la común? cuánto tiempo continúan en el estado fluido? cuándo empieza a formarse la costra, i cuándo cae? Deja la costra hoyuelos, o tumorcillos? A todas estas preguntas han respondido los profesores Heberden, Bryce, Alison, i Abercrombie: el daño está en que las respuestas no concuerdan.

La cuestión aun no parece definitivamente decidida. Confesamos, sin embargo, inclinarnos mucho más al modo de pensar del doctor Thomson, que al de sus contendores. La controversia se ajita por ambas partes con mutuo respeto, cabal mente como lo hubiéramos esperado de los sabios i respetables facultativos cuyos nombres han aparecido en ella. —A. B.

6. Notas

- ¹ “Aristides Rojas inserta solo algunos fragmentos (*Rojas Hermanos, 1881*) de una copia facilitada por Carlos Bello, hermano del poeta. Expresa duda sobre la exactitud del texto, por «las repetidas copias que se han sacado desde 1804 a hoy», razón por la cual no publica íntegramente el poema. Además, entendía don Aristides, que

«después de conocer la célebre Oda de Quintana, Propagación a la vacuna, toda obra sobre tema semejante aparece pálida».

"En 1880 se localizó nuevamente el poema entre los papeles de Antonio Leocadio Guzmán, poseedor del archivo de Juan Vicente González.

"Se publicó completo en la colección de poesías preparada per M. A. Caro (Madrid, 1882). Figura también en O. C. III, p. 3-11.

"En Caracas había tenido anteriormente curiosa publicación en 1860, recordado el poema de memoria por el Dr. Mariano de Talavera y Garcés.

"La expedición de la vacuna, que canta Bello, llevo a Caracas en los primeros días del mes de abril de 1804, por lo que debe tomarse esta fecha como la de composición aproximada del poema..."

(COMISIÓN EDITORA. CARACAS)." Andrés Bello. *Poesías*. Tomo I. En *Obras Completas*. Segunda edición facsimilar. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981. p. 8.

vacuna (adjetivo del latín): *Vacunar*, verbo cuyo sentido inicial era la creencia "... de que las mujeres dedicadas a ordeñar, en contacto con la viruela vacuna [de las vacas], no adquirirían la viruela humana." Francisco Marcos-Marín. *Vacunología: ¿una palabra nueva en el diccionario de la RAE?* http://www.campusred.net/uniroma1/articulo/06_Vacunologia_Vacunas_org.pdf (Consultado: 25 de agosto de 2008).

² *Rey de las Españas*: Carlos IV, por entonces, rey de España. Ascendió al trono al morir su padre, Carlos III, en 1788.

³ *Manuel de Guevara Vasconcelos*: Gobernador de la Capitanía General de Venezuela, entre 1799 y 1807. Durante su mandato se descubrió la conspiración de Manuel Gual y José María España, en la Guaira.

⁴ *inmóviles*: 'inamovibles'.

⁵ iris afortunado: 'portador de la paz enhorabuena'.

⁶ Los versos 10 y 11 aluden a la sublevación de Manuel Gual y José María España contra la Corona, en la Guaira (1797).

⁷ *el orden, la quietud*: El orden y la paz colonial junto a las leyes de Indias eran los tres pilares de la América española.

⁸ órgano respetable: Vasconcelos es elogiado como representante digno de la Capitanía General de Venezuela, institución político-administrativa y militar que media y concreta las decisiones beneficiosas del rey de España.

⁹ *solio regio*: Poder de la realeza española.

¹⁰ *gran Carlos*: Carlos IV de Borbón: Rey de España, desde 1788 hasta 1808. Carlos IV y su esposa María Luisa financiaron la campaña de la vacuna contra la viruela en la América colonial.

¹¹ *justo incienso*: 'alabanza'.

¹² *numen bienhechor*: 'ángel benefactor'.

¹³ *rubio Febo*: El Sol.

- ¹⁴ Los versos 29-37 describen los dominios coloniales de la Península, integrado por la América hispana y las Islas Filipinas, donde nunca, por su vastedad territorial y marítima, se ocultaba el Sol, según solía decir del emperador Carlos I de España, y V de Alemania (que reinó desde 1500 hasta 1558).
- ¹⁵ *musa*: Inspiración.
- ¹⁶ *leyes, industrias, población, comercio*: El derecho de Indias, la labor agropecuaria, el crecimiento de la obra de mano esclava y el intercambio comercial apuntalan la prosperidad colonial.
- ¹⁷ *hercúleas / columnas*: Las columnas de Hércules que la mitología griega situaba en el estrecho de Gibraltar, donde se abría el desconocido, peligroso e incommensurable mar de los Atlantes.
- ¹⁸ Los versos 49-60 destacan como hazaña la llegada de Cristóbal Colón a América, y los beneficios hispanos en Tierra Firme por esa acción.
- ¹⁹ *Pomona*: Diosa de los árboles frutales y los huertos, en la mitología latina. Alude a la fructificación de la agricultura, que los españoles trajeron al Nuevo Mundo.
- ²⁰ *Flora*: Diosa de las flores, en la mitología latina.
- ²¹ *fiero azote*: La viruela.
- ²² *Etiopía*: Región de África donde, en tiempos de Andrés Bello, se creía procedía la viruela.
- ²³ *funestó*: Infestó trayendo muerte.
- ²⁴ *gas impuro*: El aire que porta la infección de la viruela.
- ²⁵ *el bruto*: El caballo, llamado “noble bruto”. Aquí, por extensión se entiende también el ganado vacuno, cabrío y ovino.
- ²⁶ *hedionda lepra*: Pústulas fétidas que produce la viruela en el cuerpo del infestado.
- ²⁷ *mancebos*: Jóvenes.
- ²⁸ *Tisífone*: Una de las Furias de la mitología griega, portadora de la muerte.
- ²⁹ *hoyas*: Hoyos cavados para enterrar cadáveres.
- ³⁰ *Parca*: Cualquiera de las tres deidades infernales que eran hermanas: Cloto, Láquesis y Átropos, que se representaban como viejas. Cloto hilaba, Láquesis devanaba y Átropos cortaba el hilo la vida humana. La muerte.
- ³¹ *infelice*: Arcaísmo de ‘infeliz’.
- ³² *Euros*: Vientos del Este.
- ³³ *podre*: Posiblemente, podredumbre, descomposición del cuerpo a causa de la viruela.
- ³⁴ *santos fueros*: La Extremaunción o la Unción de los enfermos.
- ³⁵ *Jenner*: Edward Jenner (1749-1823), médico rural inglés descubridor de la vacuna contra la viruela. Jenner, visitando una granja, le llamó la atención las palabras de una joven que ordeñaba vacas, que ella no enfermaba de viruela porque estaba *vacunada*. Jenner, después de indagar, comprobó que quienes ordeñaban, después de contagiarse de “viruela boba”, se inmunizaban contra la enfermedad. La “viruela boba se manifestaba generalmente en las ubres de las vacas, luego se contagiaba

- como enfermedad leve (viruela vacuna o enfermedad de las vacas) en las ordeñadoras, que después quedaban inmunizadas. El 14 de mayo de 1796, Jenner inoculó a un joven, James Phips con el pus de una pústula de una ordeñadora, Sarah Nelmes, que contrajo la viruela de su vaca lechera: el joven se hizo inmune a la enfermedad.
- ³⁶ Francisco Javier de Balmis y Berenguer (1753-1819). Médico personal de Carlos IV que dirigió la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (o Expedición Balmis), que trajo a las colonias españolas de América y Filipinas la vacuna contra la viruela. La expedición sanitaria partió de La Coruña, el 30 de noviembre de 1803, llegando a Puerto Rico, Puerto Cabello, Caracas, Habana, Mérida, Veracruz y Ciudad de México.
- ³⁷ *hórridos*: 'horripilantesll.
- ³⁸ *arrostras*: 'enfrentas con decisión'.
- ³⁹ *augusta Luisa*: María Luisa, la reina de España, esposa de Carlos IV; en cuyo rostro quedaron algunas marcas de la viruela que padeció.
- ⁴⁰ *Godoy*: Manuel Godoy y Álvarez de Faria **Sánchez Ríos Zarzosa** (Badajoz, 1767-París, 1851). Carlos III lo admite en la *Guardia de Corps*, en 1784. Manuel Godoy es nombrado luego, el 15 de noviembre de 1792, Primer Ministro o *Ministro Universal* de Carlos IV. Cargo que ejercía para el momento de la expedición de Balmis, que ayudó a patrocinar a instancias de Carlos IV.
- ⁴¹ "El original de este poema fue encontrado en 1880 entre los papeles de Juan Vicente González, que poseía Antonio Leocadio Guzmán. Se publicó por primera vez en las *Poesías* de Andrés Bello, preparadas por Miguel Antonio Caro, Madrid, 1882. Después en O. C. III, p. 12-23.
"El motivo central del drama, la vacuna contra las viruelas, nos induce a pensar que es poco posterior a 1804. Cf. nota p. 8. (COMISIÓN EDITORA. CARACAS)." Texto poético dramatizado tomado de Andrés Bello. *Poesías*. Tomo I. En *Obras Completas*. Segunda edición facsimilar. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981. pp. 17-27.
- ⁴² Iván Jaksic: "Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas", en *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Editorial Universitaria. 2001, pp. 275-277. Iván Jaksic: "Informe de Bello sobre la vacuna en Caracas". Traducido al español por Iván Jaksic, y ofrecido como anexo documental en su libro: *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Universidad de Chile. Editorial Universitaria. 2001, pp. 275-277. [Fuente: *Report of the National Vaccine Establishment in London for the Year 1812*, núm. 9 (Marzo 1813), pp. 11-12. Este documento, desconocido hasta el momento, se encuentra en el Wellcome Library de Londres.]
- ⁴³ Transcripción literal tomada de Andrés Bello y Juan García del Río (1823). *La Biblioteca Americana*. Miscelánea de literatura i ciencias i Bellas Artes. Por una Sociedad de Americanos. Londres: imprenta de don G. MARCHANT, Ingram-Court, pp. 170-181.

- ⁴⁴ An account of the varioloid epidemie which has lately prevailed in Edinburgh and other parts of Scotland; Edinbrrgh, 1820.” (Nota de Bello).
- ⁴⁵ Hittorical sketch of the opinions entertained by medical men respecting Un varieties and the secondary occurrence of small-pox; Edinburgh, 1822.” (Nota de Bello).

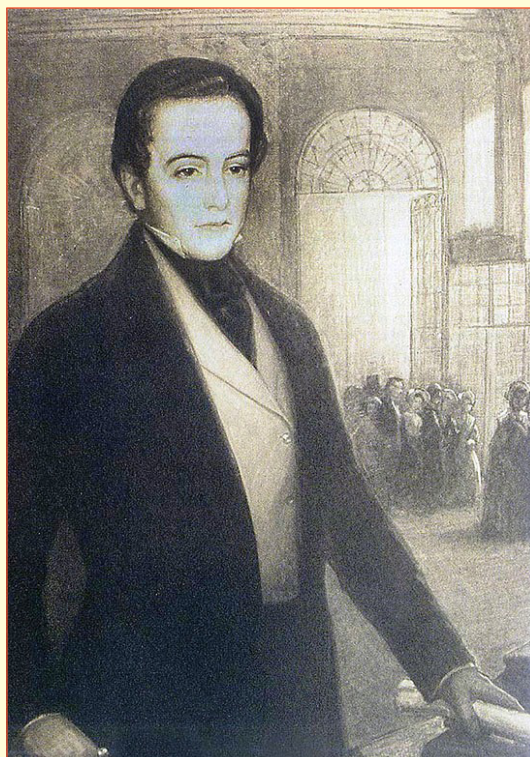


Imagen en tonos de gris (Andrés Bello joven) “Andrés Bello en Londres”
Oleo del pintor español Lucio Rivas Bertol (1911-1993). Tomada de: www.cervantesvirtual.com/portales/Andres_bello